

Dixo, y abrazandola à ella, y aquellos tiernos hijuelos, con tropél de follozos, y lágrimas, dió constante su cabeza al cuchillo. ¡Oh, Varon admirable! Esto es amar à Dios de veras.

Pero (¡oh, desdicha!) que hay muchos, que quisieran tener su corazon como una mesa redonda, donde no hay lugar principal: les tira el afecto à amar à su Dios; pero les tira tambien el apetito à amar à sus vicios: dexar éstos, les parece imposible: perder à Dios, conocen que es suma desdicha; y así quisieran juntar en su corazon à Dios, y à su idolo, à Christo, y al demonio. ¡Oh, desdichados! Luz, y tinieblas no pueden estar juntas: ò ha de ser de Dios todo ese corazon, ò será todo del demonio. De Santa Ida Lobaniense se refiere en su vida, (Ap. Euf. Hermos. de Dios. l. 2. c. 12.) que llena del amor de Dios, parecia, que no le cabía su alma en el cuerpo, y por esto se le estendia el cuerpo, se le ensanchaba, y engrandecia mucho mas de lo que era en su natural constitucion, y algunas veces, para mostrarla Dios el amor que le debía tener, le parecia que todos los miembros de su cuerpo se le havian convertido en corazones, y que estaba en todos ellos llenandolos Dios; Alma! Pues oh, ¿cómo en ese tu corazoncillo quieres juntar à Dios con el demonio? Pues aunque tuvieras mas corazones que atomos tiene el Sol, y cada corazon fuera mayor que todo el mundo, era poco para amar à Dios. Otros hay, que aman à Dios en la prosperidad, en la abundancia: quando no hay trabajos, mucho fervor, mucho rezar, mucha Iglesia; pero venga el trabajo, la pobreza, la tentacion: olvidóse todo. ¡Y qué impaciencias, qué riñas, y qué pecados! Ah, señores, y señoras! un cántaro cascado, mientras está dentro del agua lo verán lleno, como si estuviera sano; no parece tiene nada; pues saquenlo del agua; al punto escurrir, escurrir, hasta quedar vacío. ¡Ah, cántaros cascados! En la abundancia, en la quietud, ¿qué importa que esteis llenos, si en llegando el trabajo, la falta, la pobreza, os quedais vacíos?

Otros, y otras, les parece que aman à Dios con muchas devociones, y con frequentes Comuniones. ¿Y aquel hijo? Mirad que gravemente ofende à Dios. ¿Qué he de hacer? Es mi hijo, y es forzoso disimular, por no perderlo. Aquel trato, mirad que fue ilícito, y debeis restituir la mala ganancia. ¿Qué he de hacer? Es forzoso sustentar mi familia. Esa mala voluntad, y aun odio, que teneis à fulano, mirad que es culpa muy grave: yá la veo; pero yo debo mirar por mi honra. ¡Oh, desventurado! Dexas à Dios por tu hijo; pues perderás à tu hijo, y perderás à Dios: dexas à Dios por la hacienda; pues perderás la hacienda, y perderás à Dios; dexas à Dios por la honra; pues perderás à Dios, y perderás la honra. ¡Y qué al contrario! Desprecia Joseph su honra, por no ofender à Dios con la adúltera, y le paga Dios con redoblarle la honra: dexa Abraham el hijo, por obedecer al mandato de Dios, y le paga Dios con mejorarle el hijo, y la descendencia: dexa David el Reyno, por no executar en Saúl una

venganza; y le paga Dios con ponerle en la cabeza la Corona: dexa Susana hasta la vida, por no caer en una torpeza; y le paga Dios con asegurarle la vida, y con hacer eterna su gloria. ¿Qué quieren? que de estos exemplos le pudiera correr todas las Escrituras. Yá, pues, no será perder todas las cosas, sino asegurarlas en Dios; si por no ofenderle, las perdemos. Y mientras ese caso no llega, hagamos continuamente esta resolucion firme: primero morir, que pecar: primero perderlo todo, que ofender à Dios; eso pues es amar à Dios sobre todas las cosas, querer antes perderlas, que ofenderle. ¡Oh, qué cotejo! Perder la nada, por tener el todo; perder lo mismo que por instantes se nos vá, y nos dexa por tener lo que por una eternidad nos llenará de gozos; perder en fin la vileza de las criaturas, por la hermosura infinita, por la perfeccion inmensa de Dios.

Refiere Fray Thomás de Cantimprato, huvo en Bravancia una Doncella muy virtuosa, hermosa, y noble; permitióle Dios al demonio, que la tentase con vehementes estímulos de la carne, sin apartarsele de la imaginacion la representacion de un mancebo, en quien incautamente havia puesto los ojos. ¡Oh, robadores del alma! oh, medianeros de la muerte! oh, puertas de la perdicion! Trás los ojos se fueron los pensamientos, y trás los pensamientos se vinieron las tentaciones. ¡Qué lucha, qué batalla! Acudia affigida à dar parte de todo à su Confesor, con cuyos prudentes consejos alentada resistió algun tiempo. Pero refinando el infernal enemigo su artillería, instante no le permitia de reposo. ¡Ah! de solo un mirar tanto fuego! ¿Qué espera quien yá por su apetito en nada mira? Creció tan crudo el combate una noche, que yá rendida, determinó salir luego à la mañana à buscar la causa de su perdicion. Levantóse aun antes del dia, y al irse yá encaminando à la puerta de su casa; ¿à dónde vés? le previene la voz; y al parar, la atencion le embarga la vista, quién? el mas hermoso de los hijos de los hombres, Christo nuestro Redentor, que mostrandola sus llagas frescas, y corriendo sangre, la dixo: ¿Es por ventura ese mancebo mas hermoso que yo? Es mas dulce en sus finezas, que yo en las que he hecho por tí? Pues qué vés à buscar? Amame à mí mas que à él, que yo mas que él soy liberal, soy noble, soy dulce, y soy hermoso. Dixo, y desapareció de sus ojos, y de su corazon toda la tentacion de la carne, hasta el ultimo aliento de su vida. (Flores. Exemp. tit. de Charit. Dei. c. 3. ex 3.)

¡Oh, amabilísimo Jesus, y si el considerar tu hermosura pusiera así freno en nuestros apetitos, quando ciegos nos precipitan à perverte! Oh, pérdida imponderable, en que perdemos el mundo, perdemos la conciencia, perdemos el alma, perdemos el Cielo! Y en ganar soló à Dios lo ganamos todo, y ganamos una eterna Gloria.

## PLATICA IV.

### COMO, Y QUANDO NOS OBLIGA el precepto de la Esperanza.

A 16. de Noviembre de 1690.

Quien ama un buen ausente, entretiene su amor con los deseos, y alienta sus deseos con la Esperanza. (D. Th. 2. 2. q. 17. art. 8. in corp. & ad 2.) Carecemos, pues, de la vista de Dios, unico amor de nuestros corazones, unico bien de nuestras almas: por lo qual en esta vida solo nos queda por consuelo los deseos de llegar à verlo; y à esos deseos los anima la esperanza de gozarlo. Siguese, pues, del amor de Dios la esperanza de que lo hemos de ver en su Gloria. Y así nos manda juntar con todos los afectos del corazon, *ex toto corde tuo*, todos los deseos del alma: *& ex tota anima tua*. Pero hé aqui, que sin aguardar mas razones, me sale al paso un argumento, y con dificultad. Padre, me dice yá alguno de mis oyentes, estamos yá en que el amor de Dios, à que nos obliga el primero Mandamiento, es un amor muy fino, un amor del todo desinteresado, à que amemos à Dios solo por Dios, sin mirar en el amor à nuestro propio provecho, sino solo por su infinita bondad. Es así, no hay duda. Pues ahora: ¿cómo puede tener lugar la Esperanza? Porque si por la Esperanza esperamos de Dios que nos dará la Gloria, (¡no es nada!) que nos dará todos los bienes, aun temporales, y caducos, que pueden conducir para alcanzarla: y por decirlo de una vez, si por la Esperanza esperamos de Dios este mundo, y el otro; ¿qué mayor interés? No puede ser mayor. Ahora, pues, ¿cómo pueden estar juntos dos amores, que padecen entre sí tan contrarios? El uno, amor sin el menor interés, solo, solo por Dios; eso es la caridad: el otro, amor con no menos interés que todo este mundo, y el otro; esa es la Esperanza. Pues cómo puede ser, amar con interés, y amar sin interés, quando uno, y otro nos lo manda Dios? Ha visto, y qué bien arguyen? Pero dexenme explicar con un exemplo.

Una pobre madre, ha sucedido tal vez, y así le sucedió à la madre de Moysés, (Exod.) dió à luz entre tantas miserias su hijuelo, que venciendo lo duro de la necesidad à lo tierno del amor, se vió obligada à exponer la prenda de su corazon à agenas puertas. Yá lo quitó de sí; pero el amor todavia aun no la dexa sofegar, juntandose à las necesidades que la affigen. ¿Y qué hace? Busca modo como acomodarse por ama en aquella misma casa, donde expuso à su hijo, por conseguir así siquiera el criarlo à sus pechos, que à eso le tira su amor. Configuelo, y le señalan su salario. Pregunta ahora: ¿es este amor sin interés, ò es amor interesado? De todo tiene. Es amor in-

terefado, pues que le pagan porque dé el pecho à la criatura; pero es amor sin interés, porque ella, aunque nada le dieran, muy gustosa lo criara, porque es su hijo. Recibe la paga, es verdad; mas no es ese su principal intento: que solo dár su leche à su hijo, es todo el blanco de su amor.

Pues entendamos: Amar à Dios solo por Dios, ese es el amor desinteresado à que nos obliga la caridad; mas no quita que luego por la Esperanza, amando à Dios principalmente, esperemos de su liberal mano la paga de nuestras buenas obras, la recompensa de nuestros méritos, y el feliz, è inmenso premio de su gloria. (Suar. de Spe. D. 1. S. 3. n. 4.) Mas lo principal que amamos es Dios, y esa es la razon porque amamos todos los demás bienes, no al contrario. De modo, que no hemos de amar à Dios por los bienes que puede darnos, no; que eso mas fuera amar nuestro interés, que à Dios; sino al contrario, hemos de esperar aquellos bienes, por Dios, que es el principal objeto de nuestro amor. Y he aquí como el interés que se mezcla en la Esperanza, no se opondrá à la fineza del amor de Dios, que nos pide la Caridad.

Yá, pues, este primer Mandamiento de el amor de Dios, es juntamente especial precepto afirmativo, que nos obliga à hacer especiales actos de Esperanza; en esto no hay duda. Determinalo así el Sumo Pontífice Alexandro VII. en la primera proposicion condenada. Mas quando obliga debaxo de pecado mortal à hacer esos actos de Esperanza? Aquí entra la misma dificultad, que yá dixé en los actos de Amor de Dios. Lo que asientan los Theólogos todos es, que en qualquier necesidad grave, ò peligro de perder el alma, en que para salir bien hemos menester acudir à la Esperanza, entonces estamos obligados à hacer sus actos: v. g. el que se vé gravemente tentado à desesperacion, y esto con mucho mas aprieto à la hora de la muerte, debe acudir entonces à hacer especiales actos de Esperanza en Dios. ¿Y bastará con eso? No basta, sino que aun fuera de peligros, estamos en nuestra vida obligados à hacer à tiempos estos actos. ¿Quando? Nadie lo determina con firmeza: que si se dilata, y se dexa de hacer por mucho tiempo, será pecado mortal, nadie puede dudar. Oygan en este punto à la lumbrera de la Theologia, à nuestro Eximio Doctor Padre Francisco Suarez: *Ita tenentur exercere hos actus, ut ratione illorum sint bene dispositi ad bene operandum, & vitandum peccata, quod moraliter praestari recte non potest, nisi ab homine bene sperante.* (De Spe. D. 2. S. 1. n. 3.) Si la Esperanza es la que alienta las buenas obras, y es la que refrena las culpas, debe cada uno ir haciendo los actos de Esperanza, de modo que sirvan de aliento à las buenas obras, y le sirvan de freno à las culpas. Y si por la Esperanza yá desde esta vida nos hacemos vecinos de la Gloria: *Gloriamini in spe gloriae*, (Ad Rom. 5.) que hay que poner dificultades para frequentar los actos, que solo pueden ser nuestro

tro consuelo en este miserable destierro? Suspira el ausente por su casa, suspira el pobre por su socorro, suspira el trabajador por su descanso, suspira el preso por su libertad, suspira el afligido por su consuelo: ¿pues cómo nosotros no suspiraremos continuamente por nuestra patria, por nuestra libertad, por nuestro descanso, y por la gloria?

Pero este precepto afirmativo, que nos manda esperar solo à tiempos, incluye, como ya dixé, otro precepto negativo, que nos está obligando siempre, y en todos los instantes, à no hacer acto contrario à la Esperanza. ¿Y cuáles son esos? Son en dos maneras: unos, en que se peca por carta de menos: otros, en que se peca por carta de mas. Por carta de menos se peca por la desesperacion, que es falta de esperanza: por carta de mas se peca por la presuncion, que es mas esperar de lo que se debe. Eso nos ciñó en breve con su respuesta el Catecismo: *¿Quién peca contra la Esperanza? El que desconfia de la misericordia de Dios, ó locamente presume de ella.* Oh, qué dos extremos, Catholicos, igualmente terribles, igualmente funestos, igualmente peligrosos! Oh, que dos *Scilla*, y *Charibdis*! ¿No lo han oído nombrar? Pues eran dos escollos, uno enfrente de otro, en el estrecho del mar de Sicilia, que en no yendo derecho por el medio el navegante, aquí, ó allí pericia forbido en el golfo: *Dextrum Scilla latus, laevum implacata Charibdis, obsidet.* (*Æneid.* 3.) Así, así nuestra esperanza por el extremo de esta vida, ha de navegar por el medio, à la via, à la via. Cuidado, cuidado: si desconfia del todo, vá perdida: si del todo se asegura, vá precipitada: por el medio, esperar, y temer. Si solo se atiende la justicia de Dios, sin mirar su misericordia; oh, qué desventura! Si solo se mira la misericordia infinita de Dios, sin atender à que tiene tambien infinita, y severissima justicia; oh, qué ceguedad! Pues no; uno, y otro hemos de juntar en nuestra consideracion, misericordia, y justicia; y misericordia. Así nos lo enseña David: *Misericordiam, & iudicium cantabo tibi Domine.*

Yá, pues, la desesperacion mira solo en Dios la justicia; y como si no la tuviera, no se acuerda de la misericordia. ¿Pero qué es desesperacion? Acusome, Padre, suelen decir, que he tenido muchas desesperaciones. ¿Qué entiende, hijo, por desesperaciones? Padre, con los muchachos, que me hacen regañar, riñas, maldiciones, enojos. ¿Y esas llaman desesperaciones? Anden. Desesperacion manantial, el mas funesto mal que brolla el infierno, es, quando una desventurada alma llega à persuadirse, y tener por cierto, que no ha de conseguir la gloria, ni el perdon de sus pecados, y por eso dexa las buenas obras: esto puede ser de dos maneras: Desesperacion junta con heregia, como si uno desespera de la gloria, ó porque cree que no hay gloria, ó porque se persuade que Dios no tiene poder, ni misericordia para perdonarle: y estos son dos distintos pecados mortales gravísimos. O puede ser sola desesperacion, sin que

se le quite la heregia; como si uno desespera de que Dios le perdonará, no porque niega su misericordia, sino porque se persuade, que no ha de querer perdonarle. ¡Oh, imitadores de Cain! Oh, secuaces de Judas! que así por vuestra propia mano os queréis tomar el infierno, quando vuestro Dios, y Redentor con los brazos abiertos os está franqueando su Gloria! Estas almas yá están en depósito para el infierno; están yá como el pan en la pala à la boca del horno: *Desesperare: in infernum descendere est*, dixo S. Isidoro, (*Lib. 2. de Summo bono, c. 14.*) Es tan enorme este pecado, que reveló nuestra Vida Christo à Santa Catharina de Sena, que el que à la hora de la muerte desespera de su misericordia, que no le perdonará sus culpas, le ofende mas gravemente con sola aquella desesperacion, que con todos los demás pecados juntos de toda la vida. ¡Oh, Dios mio! Misericordia mia: *Deus meus, misericordia mea*; y quién será el ingrato, que no conozca, que no distes el precio de tu sangre para perder mi alma, que yá ella sin eso se estaba perdida: no distes el valor infinito de tus méritos para mi condenacion, que esa yá se la tenían mis pecados: no distes tu vida para mi muerte, que muerto me estaba yo por la culpa. Pues si tan grande es, si tan infinita para mi bien tu misericordia: *Misericordia tua magna est super me*; si sobre todas tus obras hiciste sobrefalir ventajosas tus piedades: *Miserationes ejus super omnia opera ejus*: ¿cómo me puede faltar la esperanza? ¡Oh, que son muchas mis culpas! Sean mas que quantas el mar tiene gotas. ¡Oh, que son gravísimas! seanlo mas que las de Judas, mayor es con excesos infinitos aquel inmenso mar de misericordia: ¡Oh, que he gastado toda mi vida solo en ofenderle! Y dime, en medio de esas culpas, ¿por qué no te ha quitado la vida de repente? Puede hacerlo? Oh! Con querer solo. ¿Te ha menester para algo? Para nada. Pues si siendo su enemigo, sin haverle menester, y pudiendote matar, te ha dexado vivir, ¿por qué será? Porque te quiere dár la Gloria; que para echarte en el infierno, yá lo hubiera hecho. ¿Pues qué falta para eso? Solo que tú quieras, solo que tú ayudes, y solo que tú de veras te arrepientas.

Pero he aqui el otro escollo de la esperanza. Una presuncion loca, una temeridad ciega, y bárbara; tendré tiempo, seguro estoy. Presuncion es, y no hablamos ahora de la otra, que mas comunmente llaman presuncion, con que uno muy pagado de sí, presume que es mas de lo que es: el que presume de valiente, la que presume de hermosa, el que presume de sábio, de gran caballero, &c. no. Ahora hablamos de la presuncion, que se opone à la Esperanza, y esa presuncion es un esperar irracional, sin poner los medios, ni las diligencias debidas para esperar con razon, y fundamento. Y esto puede ser tambien en dos maneras; ó juntandose à la presuncion heregia, ó sin ella. La primera, como esperan los Luteranos, que con solas las prendas naturales, sin ningunas obras buenas, bastan para conseguir la Gloria. Qué

laf.

lastimoso error! O podrá ser sin heregia, si uno aunque cree, que no bastan las fuerzas naturales; pero ni quiere hacer buenas obras, vive como un bruto, añadiendo pecados à pecados, muy confiado de que Dios es grande, todo lo suplirá su misericordia. ¡Oh, qué loca confianza! ¿Hombre, esta vida que tienes, no es para salvarte? Sí; pero tiempo hay, gocemos ahora de la vida, que à la vez haremos penitencia. ¿Y qué sabes si llegarás à la vez? En llegando la muerte. ¿Y qué sabes si te cogerá la muerte repentina? No querrá Dios: no lo quiera. ¿Y qué sabes si hallarás confesor à la mano? Luego ha de faltar? No falte. ¿Y qué sabes si tu corazon, ahora tan duro, no lo estará tambien entonces? ¿Y qué sabes si Dios, ahora benigno, entonces severo, te negará el auxilio? Y si el demonio, ahora tan astuto para tu daño, entonces mucho mas diligente para tu eterna condenacion? ¡Oh, Dios, y qué peligros! ¿Y esto esperas, siendo ahora tan facil? Mira, proponte al tiro por blanco todo el lienzo de una muralla, y en acertar el tiro, donde quiera que des, te vá la vida. Pues ese tiro es muy facil, es verdad. Pues yo, dices tú, no he de apuntar à la pared, no, sino allà à la punta misma de aquella almena. ¿Qué haces, hombre? Pues tienes toda esa pared tan ancha, donde no puedes errar el tiro, y quieres, yendote la vida, ponerte à riesgo, que si alzas un palmo, un dedo la puntería, la yerras, y te pierdes? ¿Estás loco? Así lo estás tú, que en la punta de la almena de la vida, allí quieres acertar el tiro, en que te vá tu salvacion, pudiendola asegurar con tanta comodidad en tanto tiempo. ¿Pienas, que lo tendrás entonces? Aguarda. Conceratose uno con el demonio, que tres años antes de su muerte havia de venir à avisarle de que ésta se llegaba. Prometióselo así. Y despues de una vida torpísima, vino el demonio en forma humana, y hablando con él, le dixo: *Muy cano estás yá; y él muy enfadado lo echó de sí con muy malas palabras.* Volvió el año siguiente en la misma forma, y à poco rato de conversacion: *Ahora, le dixo, muy encorbado estás, mucho vá creciendo la corcoba.* Enfurecióse aquel, y echólo como antes. Volvió el año siguiente en la misma figura, y dixo: *¿Qué consumido estás yá, y qué salto de fuerzas!* Colérico aquel queria echarlo, y el demonio entonces: Eso no, que yá eres mio, dixo descubriendose. ¡Oh! que no me has avisado como quedaste. Sí lo he hecho; ¿qué mas avisos quieres? Y arrebatandolo, se lo llevó al infierno. ¿Pues qué mas tiempo, que tres años? No bastaron, dirás, porque él no entendió los avisos; y si tú no los entiendes entonces, cómo ahora no quieres entenderlos? De qué servirá el tiempo? Con menos me basta, decia otro que vivia entre gravísimos pecados, con que yo antes de morir pueda hablar tres palabras solas, no haya miedo que me condene. Decialo por las tres palabras, en que se puede hacer un acto de contricion; pero en viviendo en tan torpe vida, paseandose una

vez, pasaba à caballo la puente de un rio muy profundo, tropezó el caballo, y cayó precipitado al rio, y al caer, fue diciendo tres palabras; ¿pero cuáles? Estas: *Llevóselo todo el diablo*, y así quedó ahogado. ¿Mas qué refiero exemplos? Que esta necia, loca, barbara presuncion es la que tiene lleno el infierno de condenados, que allà sin remedio claman lo que yá previno el Profeta: *Posuimus mendacium spem nostram.* (*Isaia 28.*) ¿Qué mayor locura? Tener la esperanza segura en la verdad eterna con las buenas obras, y dexar esa seguridad de las buenas obras à la contingencia del tiempo, à los peligros de la vida, à las congexas de la muerte, y à los engaños del demonio: *Posuimus mendacium spem nostram.*

No puedo dexar de referir un suceso, que trae el Padre Alexandro Faya, de nuestra Compañía: (*Faya, pal. 43. Dilac. de Pœnit. ex 9.*) Navegaba desde Panamá para Lima el Padre Manuel Yaquez, gran Predicador de nuestra Compañía, y logrando su zelo en la mucha gente, que iba en el Navio; les hacía freqüentes platicas, y exortaciones tan fervorosas, que à pocos dias consiguió, que los mas de ellos recibiesen los Sacramentos, y que todos reformasen sus costumbres. Solo un mancebo, que iba allí publicamente amancebado, estuvo tan pertinaz, que quando todos mas devotos salian de la platica, él con una guitarra se ponía à cantar torpes, y profanos versos. Persuadiólo el Padre con especial fervor à que se confesase, y mudase de vida; pero él haciendo rifa: Eso pide mas espacio, decia. Y pormas que el Padre refinó toda su eficacia, lo mas que conseguia era, que se confesaria en llegando al Puerto de Payta; ¿y si no llegais à Payta? Ea, que si llegaré. Y yá lo hacía chanza; y en viendo al Padre le decia: Padre Manuel, bueno es para Payta; y repetía esto muchas veces, cantando con su guitarra en la mano. Sucedió, pues, que habiendo dado vista à tierra, estaba el Padre hablando con un Caballero, que acaso estaba tomando unos anises: llegóse entonces aquel mozo, y dixo le el Padre: Ea, ahora en efecto os confesareis, pues que yá llegamos à Payta. Sí, Padre, respondió, en Payta, en Payta; pero deme V. R. ahora de esos anises. Sí, tomad; y al irlos echando en la boca, cayó de espaldas muerto sin decir Jesus. Pasó à los circunstantes muerte tan espantosa; y el Padre les hizo una platica delante del cadaver, tomando por tema: *Bueno es para Payta.* ¡Oh, qué bien tuvo que discurrir, y qué bien tenemos todos que pensar! Bueno es para ahora, ahora que está Dios convidandonos con su gracia; ahora que tenemos tiempo; ahora que está en nuestra mano la dicha; ahora que podemos asegurar con la buena vida, y con las obras buenas la Gloria.